

país». Al mismo tiempo, Napoleón III, ganándose en Inglaterra al grupo de independientes de la Cámara de los Comunes, derribaba el once de Junio de mil ochocientos cincuenta y seis al ministerio Derby, que fué reemplazado por Palmerston, mucho más propicio á la emancipación de Italia, y se concertaba con Kossuth para provocar una sublevación en Hungría. En estos instantes, el Emperador de los franceses tocaba el cielo con las manos; nunca la fortuna había de volver á mostrársele tan propicia. Su estancia en Milán señala el punto culminante del segundo Imperio.

Pero no tardó en observar que sus victorias podían serle más nocivas que las mismas derrotas. Después de haber desencadenado la revolución en Italia, descubría con sorpresa que se propagaba al centro de la Península, que no podía contenerla, y que Cavour, como todos los patriotas amigos suyos, caminaba no á la *confederación*, sino á la *unificación* de Italia. A fines de Abril, Toscana se había sublevado y expulsado al gran duque Leopoldo, y daba á entender claramente que no quería por soberano al príncipe Napoleón; en Parma y Módena, las poblaciones habían forzado igualmente á sus príncipes á tomar las de Villadiego; las Legaciones, que los austriacos evacuaron después de Magenta, se lanzaron á la insurrección, sacudiendo en pocos días la dominación pontificia; y si el Papa y el joven rey de Nápoles, Francisco II, que el veintidós de Mayo había sucedido á su padre Fernando II, se sostenían en sus puestos, debíase á la guarnición francesa de Roma. Lo raro del caso era, que Napoleón III no tenía el derecho de oponerse á levantamientos cuyo primer resultado era aumentar el ejército franco-piamontés; mas no se le ocultaba que acabarían por anexionar á Cerdeña los países sublevados. En Parma, en Módena, en Bolonia, todos los poderes eran ejercidos ya por agentes de Cavour. Por todo esto, el Emperador de los franceses estaba espantado, casi conternado. De otro lado, la Emperatriz y el ministro Walewski le comunicaban noticias alarmantes acerca del estado de su Imperio y las disposiciones de Europa. El descontento crecía en Francia, sobre todo en el clero; los legitimistas intrigaban y se agitaban en Bretaña; la actitud de Alemania era cada vez más amenazadora.

Entre tanto, Giulay, que tan mal había correspondido á lo que se esperaba de él, dimitió el cargo de general en jefe, y Francisco José en persona se aplicaba á reorganizar las fuerzas, dividiéndolas en dos cuerpos, que del veintidós al veinticuatro de Junio sentaron sus reales delante del Mincio, sobre las alturas que se extienden desde Castiglione hasta San Martino. En este punto dieron con ellas los aliados, casi sin saberlo, y el veinticuatro de Junio de mil ochocientos cincuenta y nueve se empeñó la batalla de Solferino, una de las más grandes que registra la historia, en que entraron en lid doscientos cincuenta mil hombres, ocupando una línea de cinco leguas de extensión. Después de quince horas de porfiada lucha, desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, los austriacos, rotos en el centro é izquierda por los franceses y en la derecha por los piamonteses,



BATALLA DE SOLFERINO

tuvieron que retirarse, subiendo sus pérdidas, entre muertos, heridos y prisioneros, á veintidós mil hombres, y siendo las de los aliados de diez y siete mil.

En medio de estos triunfos, Napoleón III cometió la calaverada de detenerse. Afectado por la sangre que había hecho correr; asustado de verse delante del Mincio y de aquel formidable cuadrilátero desde donde Austria podía desafiar aún por mucho tiempo sus esfuerzos; alarmado por la actitud del Czar, que no quería insurrecciones en Hungría, y de la Confederación germánica, que comenzaba á movilizar sus tropas; espantado, sobre todo, por la irritación que el partido ultramontano manifestaba contra él en toda Francia, el seis de Julio encargó al general Fleury llevar al emperador de Austria, en Verona, una proposición de armisticio, que Francisco II, vencido y no queriendo ponerse á merced de Prusia, aliada dudosa y muy exigente, se apresuró á aceptar. El ocho de Julio se concluyó el armisticio y, tres días después, los dos soberanos se avistaban en Villafranca y acordaban los preliminares de la paz, en estos términos: «Las dos partes favorecerían la creación de una confederación italiana bajo la presidencia honoraria del Papa; el emperador de Austria cedería la Lombardia á Francia y ésta la transferiría á Cerdeña; Venecia formaría parte de la Confederación italiana, sin dejar de continuar bajo la corona del emperador de Austria; el gran duque de Toscana y el duque de Módena volverían á sus Estados; los dos emperadores pedirían al Papa introducir en sus dominios las *reformas indispensables*; se otorgaría, en fin, amplia amnistía á las personas comprometidas con motivo de los últimos sucesos en los territorios de las partes beligerantes.» El doce de Julio, Napoleón anunció al ejército en manifiesto la conclusión de la paz. «Se ha conseguido, decía, el fin principal de la guerra; Italia va á ser por vez primera una gran nación».... «Los soldados de Francia, concluía, que de tal suerte han enaltecido la gloria de nuestras armas, no se detienen sino porque la lucha amenaza tomar proporciones que no están en relación con los intereses que Francia tiene en esta guerra formidable». Vano empeño justificar su conducta. Como su entrada en Milán señala el punto culminante del segundo Imperio, la paz de Villafranca marca el punto inicial de su decadencia.

Esta paz causó á Europa profunda sorpresa, y á Italia violenta irritación. La opinión general fué que Austria salía poco quebrantada de la guerra; que su posición en la Península seguía siendo tan predominante como antes, puesto que conservaba el cuadrilátero de Venecia é iba á entrar en la Confederación, donde volvería á rodearse de una clientela de príncipes. Los italianos miraban á Napoleón III como un traidor, y pedían á voz en grito la anexión al Piamonte. Su decepción había sido tan cruel, que las tropas francesas victoriosas salían maldecidas del país donde habían sido acogidas con tanto entusiasmo y al que habían prestado tan grandes servicios. «Si se hubiese propuesto hace dos meses, escribía Máximo d'Azeglio, el problema siguiente: Ir á Italia con doscientos mil hombres, gastar quinientos millones, ganar cuatro batallas, restituir á los